

po encerrado, estrechándola contra su corazón, le dijo con voz que penetró en el alma de M. Godet, inundándola de alegría:

— ¡Porque os amo!

### XXIII

#### Lo que quería ver el antiguo criado del conde de Magny.

Las peripecias del juicio de Margarita Souvray tenían un eco en una gran alcoba de la prefectura de Bourges.

Un coche, emboscado en la esquina de la calle de los Armeros, hacía frecuentes viajes á la prefectura, conduciendo á Bruno, el hombre de confianza del prefecto.

Confianza, como se sabe, mal colocada.

Solo Bruno gozaba el privilegio de hablar confidencialmente con el verdadero culpable en la causa que se debatía ante el tribunal en aquellos momentos; él solo conocía la angustiosa incertidumbre con que el prefecto aguardaba el término de los debates.

Para Roland Beroult no se trataba de la absolución ó de la condenación de Margarita, sino de la suya.

Reducido á la impotencia por su herida, incapacitado para dirigir los acontecimientos, sometido á ellos, esperaba el desenlace de la lucha con la ansiedad de la fiera herida en su cubil, que escucha los pasos de los cazadores.

Así, no era lo que más le hacía sufrir la

herida abierta por el puñal de Margarita Souvray, sino el obstáculo infranqueable que le detenía en la realización de sus sueños ambiciosos.

Podía curarse de la herida; pero si el defensor de Margarita Souvray sabía remontrarse á la fuente de sus crímenes, lo segundo no tenía remedio. ¡Y el defensor era Pedro Meillant, cuyas frías amenazas vibraban aún en sus oídos! Aquel joven reservado, tranquilo, sereno y sonriente, le inspiraba verdadero terror. ¡Con qué tranquilidad le formulaba sus condiciones la víspera de la boda frustrada en el palacio de Maillepré, al cual había ido, después de tan continuados triunfos, á buscar su Waterloo, impulsado por su ambición loca! ¿Qué sabía el conde? ¿Por qué estaba tan seguro de sí mismo?

Después Roland recobraba alientos y esperanzas, pensando en la dificultad de seguir la filiación de aquellos crímenes ignorados. El robo del Fresne, el atentado contra el honor de Margarita, la conquista de la ignorada herencia de Blanca, la alternativa en que colocó á su víctima al imponerle la asistencia á la cita nocturna, en la cual le había herido. Se podían formular acusaciones vagas, ¿pero en dónde encontrar las pruebas y los testimonios concluyentes?

A pesar de todo, su emoción era grande. Victorioso, es decir, absuelto por la opinión, continuaba su carrera, interrumpida un momento, con el prestigio que rodea á los héroes de ciertos dramas misteriosos. Vencido, es decir, deshonorado, cargado con el peso de



sus crímenes, no tenía más remedio que desaparecer. Pero ¿cómo?

Ciertas horas de la vida nos parecen rápidas como relámpagos; otras, largas como siglos. Roland Beroult estaba en una de estas últimas; pero su impaciencia no tuvo más que un confidente, Bruno, su fiel Bruno, como él le llamaba, de igual modo que antes lo hiciera el conde de Magny.

Bruno había ganado mucho en la estimación de su amo desde la noche que éste fué herido: redoblaba sus precauciones; pasaba las noches á su cabecera, esperando sorprender los secretos de su amo; pero Roland, á pesar de todo, no se hizo traición. Solamente á última hora era muy natural que quisiera tener rápidos informes, y nada más natural tampoco que encargar á su fiel Bruno de esta misión de confianza.

El ayuda de cámara se consagró á este trabajo con una diligencia suma y también con secreta alegría, aumentada á medida que el curso de los debates iba siendo cada vez más desfavorable, y, por último, desastroso para su amo.

La lectura del acta de acusación pareció entusiasmarle.

—Un monumento, señor prefecto. ¡Qué claridad! ¡Qué lógica!

El interrogatorio de Margarita Souvray disminuyó algo su seguridad.

—Se defiende con mucha firmeza, señor. Acusa al señor de una porción de cosas horribles... refiere historias del otro mundo... habla de una fortuna robada, de San Láza-

ro, del Depósito, y, en fin, del matrimonio del señor... Parece que ella hubiera querido matar al señor para impedirle casarse con esa niña, que es millonaria... ¡Como si esto le importase! ¡No hubiera creído nunca que tuviese tanta audacia! El señor abogado general está indignado... M. Tabouret demuestra mucha curiosidad...

—¿Y el presidente?

—Diré al señor que no se le puede elogiarse. Da pruebas de una blandura increíble. No parece sino que protege á la acusada. ¡Un escándalo, señor!

—¿Y el público?

—No debe hacerse caso de la multitud, siempre dispuesta á creer todo lo malo; hay que fijarse en lo alto. A pesar de todo, no puede asegurarse cuál es la actitud del público... conviene esperar.

—¿Y el abogado?

—¿El señor quiere decir ese joven?...

—El conde de Meillant.

—¡Oh! Su actitud es muy extraña... Parece ajeno á todo... ni atiende, ni toma notas, como debe hacer todo buen defensor. Apenas pone atención, y de vez en cuando habla con un viejo que tiene á su lado, un viejo ridículo, que se llama M. Godet... Pero voy á escape, porque ahora deben empezar las declaraciones de los testigos.

Bruno salió, volviendo después varias veces para dar cuenta atropelladamente á su amo, en pocas palabras, de las peripecias de la sesión; cada vez traía peores noticias.

Las declaraciones de los testigos eran



abrumadoras. Las del médico de Serigné, del cura y otros eran contundentes, no para la acusada, sino para el misterioso ladrón del Fresne.

—Hasta ese mendigo, señor, que han hecho venir de allí. No sé adónde ha ido ese joven á sacar estas gentes. El tal Peschard ha llamado la atención.

El prefecto sintió humedecida su frente por un sudor frio.

Las amenazas del conde no habían sido vanas. Recordaba su serenidad, el extraño brillo de sus ojos cuando le proponía el arreglo desdeñosamente rechazado, el acento irónico con que le dijo al despedirse: «Hasta la vista, señor Beroult.»

¡Ladrón!... ¡Estaba convicto de robo! Tenía en contra suya la circunstancia imprevista de la muerte de Brígida, sus terrores de última hora en el instante en que iba á entrar en lo que él llamaba el aniquilamiento, la nada, y la vieja llamaba la eternidad; la confesión hecha en la agonía, después de haber guardado hasta entonces, y á costa de su reposo, el secreto de su amo, á quien amaba como á hijo.

Después vinieron las declaraciones de Bordier y Pitot, que le hacían traición á su vez. Bruno se lo refirió todo: las circunstancias de la detención, las órdenes recibidas, las miserables sumas con que el secretario del conde de Magny pagaba aquellos servicios, y el tono imperioso con que pronunciaba aquella frase, ante la cual se inclinaban todos: *De orden superior.*

¡Y el abogado general no se atrevía á desplegar los labios!... Desfallecía ante la actitud hostil del público.

Así lo afirmaba Bruno, como cosa evidente.

Cuando terminó el desfile de los testigos, volvió otra vez para decir á su amo que todo estaba perdido, que el abogado general había sostenido muy débilmente la acusación, como quien se siente derrotado.

Esta noticia fué el último golpe para las esperanzas que aun pudiera abrigar el herido.

Cuando se vió solo se incorporó en el lecho y miró á su alrededor con espanto. Estaba vencido, cercano á la catástrofe y nada podía salvarle. No era su víctima, sino él quien ocupaba el banco de los acusados.

Su herida le hacía sufrir cruelmente, pero su curación era cuestión de tiempo.

En seguida pensó que Margarita le habría hecho un favor matándole en el acto.

Entonces se levantó, y arrastrándose hasta el armario colocado entre las altas ventanas del dormitorio, cogió un revólver, se aseguró de que estaba cargado y lo ocultó bajo la almohada.

Podía esperar tranquilamente á la justicia si venía á apoderarse de él.

Había jugado una partida muy empeñada y había perdido. ¡Tanto peor!

Sin embargo, ¡qué vida de goces hubiera podido disfrutar! Pensaba en los millones del conde de Montevrón, en las riquezas de los Maillepré, en la existencia de lujo, de



embriaguez, de placeres que todo aquello suponía.

Dominándolo todo, le atormentaba el recuerdo de Margarita Souvray, á la que hubiera querido destruir, de aquella mujer que removía cuanto quedaba en él de deseos y de voluptuosidad.

Bruno volvió por última vez.

Todo había concluido.

El informe de la defensa fué una continuada ovación.

¿Para qué insistir? Hubiera sido revolver el puñal dentro de la herida.

«¡Absuelta por unanimidad y sin discusión!»

Bruno insistía mucho en hacer notar á su amo que no era el sentimiento de la justicia el que impulsaba á Meillant contra el prefecto, el que le daba aquella actividad y aquella penetración para reunir documentos y pruebas; no era el amor á la justicia, no, sino el amor á la acusada.

—Si, señor—seguía diciendo Bruno,—ama perdidamente á esa joven; se ha visto con toda claridad. ¡Ella se ha arrojado en sus brazos! Ya está en libertad y pronto será condesa de Meillant.

Bruno era feliz. Se gozaba en la ira y en la desesperación de su amo. Deseaba presenciar el fin deplorable de aquel ambicioso y el éxito sobrepujaba todas sus esperanzas.

De pronto se oyó ruido en la antecámara.

Bruno salió y volvió en seguida anunciando á su amo que el procurador y monsieur Tabouret querían verle.

—Hacedles entrar—dijo el prefecto.

Bruno iba á cumplir esta orden, cuando se detuvo al oír una detonación, al tiempo que el procurador y el juez de instrucción penetraban en la estancia.

Mr. Roland no era ya más que un cadáver.

—Asunto concluido—dijo el procurador al consternado juez.

Tabouret cayó abatido en una silla. No había medio de reparar el desastre sufrido en la causa de Margarita Souvray.

El ladrón de las dos hermanas, el asesino del Fresne, yacía en su cama con el cráneo destrozado por un balazo.

## XXIV

### El último salvamento.

M. Godet había dicho que bendeciría á la mujer, cualquiera que fuese, que librase á su favorito Pedro de Meillant de sus extravagantes proyectos de clausura.

Sus deseos se vieron colmados superabundantemente.

La mujer que realizó el milagro, haciéndose adorar por el conde, era precisamente la que contaba con todas las simpatías del anciano, aumentadas desde que conoció su historia y las miserias que había soportado.

Al quedar libre, fué llevada á Maillepré por este excelente hombre, mientras que Pedro de Meillant ponía en orden sus asuntos y cumplía las promesas hechas á los que



le habían ayudado en el éxito del proceso.

Las emociones de los últimos días habían sido demasiado fuertes para Margarita. Así es que al volver á aquella casa con su verdadero nombre, purificado por la brillante reparación obtenida por el conde, se apoderó de la joven una fiebre intensa que la retuvo en el lecho durante algunos días. En este tiempo Margarita no vió más que á la señora de Maillepré, que le hablaba con ternura de la muerta en Chapelle-aux-Ifs, á Blanca Carol, presa de profunda melancolía, á M. Godet y á Pedro de Meillant, cuyo amor no era un secreto para nadie.

El marqués Roger de Lignerés no estaba allí.

Una mañana, la doncella de su madre, dijo á esta, que había buscado inútilmente á su hijo por el palacio y el parque:

—M. Roger ha preguntado por la señora, pero como estabais enferma no ha querido molestaros, y me ha encargado que diga á la señora de su parte que marcha á París por algun tiempo.

La marquesa comprendió que este paso de su hijo significaba una ruptura.

Antes de su partida, el antiguo oficial había dirigido á su primo el conde de Meillant la siguiente carta:

«Mi querido Pedro:

»Yo amaba con pasión á Margarita Souvray; pero he pasado como un necio al lado de la dicha.

»Más discreto que yo, has conocido el te-

soro que hay en esa mujer, y la fé te ha salvado.

»Yo solo he tenido ultrajes para ella. Tú le has prestado tanto apoyo, que su corazón te pertenece por entero y para siempre.

»Te envidio, puedes creerlo; pero sin odio ni rivalidad hacía tí, porque sé apreciar la delicadeza de tu conducta.

»Dejándola en libertad para decidir sobre su suerte, sin revelarle tus sentimientos hasta el último instante, me has dado la medida de tu generosidad.

»Dile que le deseo la felicidad de que es tan digna y que no espero para mí.

»Sed los dos dichos: este es el deseo de un amigo sincero y leal.

»En cuanto á mí, voy á buscar lejos el olvido, con la firme voluntad de encontrarlo.

»El día en que esté completamente curado, volveré al lado vuestro: no antes.

»Te estrecha la mano tu buen amigo y primo

ROGER DE LIGNERES.»

La marquesa abandonó inmediatamente el palacio, después de una animada conversación con M. Godet, á los ocho días de la sentencia de Bourges.

El viejo ocupaba su sillón de junco en la terraza, desde la cual recreaba sus ojos contemplando el ameno paisaje de las cercanías de Maillepré, cuando se presentó la marquesa.



—Ha renacido la tranquilidad en esta casa, querido M. Godet. No ha costado poco. ¿Cómo está vuestra enferma?

—Mucho mejor.

—¿Creeis realmente que Pedro se casará con ella?

—Lo antes posible: tengo la firme esperanza de que así sucederá.

—¿De modo que ha abandonado sus antiguos proyectos?

—A Dios gracias.

—Nada de sotanas, ni de clausura. No era su vocación muy sólida por lo visto.

—Decid que ha sido preciso un encanto irresistible para sacarle de ella.

La viuda se mordió los labios.

—Teneis razón, quizá,—dijo,—pero es lo mismo; es una historia muy complicada la de esa infeliz.

—¡Oh! al contrario, muy sencilla. Una hija que vé desaparecer la fortuna de su padre; un gran malvado que, por desgracia para vos, era de vuestro agrado, elegante, espiritual, tan distinguido como infame, capaz de vencer las preocupaciones de vuestro carácter, que no es empresa fácil, y que abusa de su posición para deshorrar á su víctima y hacerle imposible la existencia, ¿hay nada más sencillo? ¿Creeis que esto sea cosa tan rara? ¿Acaso vivimos en una sociedad en donde los hombres son perfectos y desconocido el abuso del poder?

La vieja reflexionó un instante.

—Pero todo eso—dijo—no impide que su

matrimonio con Pedro sea un enlace muy desigual.

—¡Bah!—dijo M. Godet con indiferencia. —¿Qué eran los primeros Mailleprés? ¡Algunos arrastrables! El bravo coronel Souvray también ceñía espada. Todo es aristocracia militar, marquesa.

—Nobleza muy moderna—dijo desdeñosamente la vieja señora.

M. Godet respondió:

—¿Queréis saber lo que pienso sobre los matrimonios desiguales?... No me preocupo de semejante desigualdad. Prefiero cien veces una hermosa joven honrada, que una princesa malfachada, tonta y necia como conocemos muchas. Os daré un consejo, si me lo permitís.

—Decid.

—Tratad de buscar cuanto ántes compañera para ese pobre Roger. ¿Teneis noticias suyas?

—Esta mañana he recibido carta.

—¿Está en París?

—Eso me dice.

—¡Cuidado con las locuras!

—Roger me atenderá...

—Tened cuidado, marquesa. Ya conoceis el proverbio: la cuerda muy tirante, se rompe. Casad á Roger, casadlo en seguida... y consultad su gusto... ¡Quizá hasta aquí habeis consultado demasiado los vuestros!

La marquesa se alejó, tan descontenta quizá de sí misma como de M. Godet, cuya razón no podía desconocer. Pero su orgullo se sobreponía á todo, y pensaba:



—Yo también, yo también iré á Paris, y cuando esté allí, veremos.

Acababa la marquesa de entrar en el palacio, cuando M. Godet, que se disponía á ensimismarse en sus ensueños, vió en lontananza una especie de sombra que se dirigía hacia el río, siguiendo una calle de árboles que terminaba á la orilla del Cher.

En aquella sombra reconoció á Blanca, que caminaba lentamente, sola, vestida de negro y los ojos dirigidos hacia el suelo.

Pedro de Meillant había comunicado varias veces á M. Godet los temores que le producían el estado moral de la joven desde el suicidio del prefecto.

M. Godet se levantó cuando Blanca acababa de desaparecer entre los árboles. ¿Adónde iba? Indudablemente hacia la ribera.

El anciano tomó el camino más corto, y á los quince minutos llegó á poca distancia del río, hacia el sitio en donde algunas semanas antes Roger de Lignerès había obligado á Margarita Souvray á que le escuchase. A poco de estar allí, percibió al otro extremo de una estrecha pradera un centinela emboscado, como él, en un macizo de sauces.

Era Pedro de Meillant. El joven y el viejo habían sido asaltados por una misma idea.

El conde hizo una señal con la mano á su amigo para recomendarle el silencio.

En aquel instante Blanca llegó á la pradera por un sendero tortuoso, avanzando hacia la ribera, dominada en aquel sitio por algunas rocas de escasa elevación, cuyos flancos estaban cubiertos de plantas trepadoras.

Al llegar allí se sentó, permaneciendo inmóvil, fijando obstinadamente la vista en la rápida corriente del río, muy profundo en aquel sitio.

Pedro de Meillant y el anciano la vieron sonreír varias veces, pero con la sonrisa amarga y triste de los desesperados, y sin derramar una lágrima.

¿En qué pensaba? A no dudar, en aquella falta que la oprimía con tan gran pesadumbre y que amargaba el placer de haber arrancado el secreto de su madre.

¡Era hija de la duquesa de Maillepré! Sus presentimientos no la habían engañado. ¡Qué felicidad, sin aquella caída que tan amargamente se echaba en cara!... ¡Con qué satisfacción hubiera hecho por su madre el sacrificio de su vanidad, y guardado aquel secreto, ahora que podía ocuparse ampararse en aquella ternura!

Pero el mal no tenía remedio; era demasiado tarde. Se sentía acosada por el remordimiento, por la vergüenza de su caída, por el horror de haberse entregado á aquel monstruo.

Había estado á punto de ser la esposa de aquel ladrón llamado Roland Beroult, de aquel suicida que se mató para escapar á la justicia de los hombres.

¡Había sido su querida!

La prueba de esta deshonra se encontraría entre los papeles del suicida... ¡Aquel escrito en que constaba su firma con su nombre, el acta redactada en el pabellón del parque!



No tenía valor para soportar semejante oprobio. Quería huir de él á todas costa.

Se levantó, permaneciendo apoyada en la roca que se levantaba como un muro detrás de ella.

El agua que corría algunos metros más abajo, á sus pies casi, la atraía.

Quería encontrar en sí misma resolución bastante para precipitarse; pero su juventud se rebelaba contra aquella obra de destrucción, y al mismo tiempo su corazón se sublevaba contra la cobardía que iba á infligir á una madre amantísima el dolor y las lágrimas por su pérdida.

Quizá iba á decidirse, y dejaba sobre la piedra la sombrilla y la mantilla blanca que envolvía su cuello, cuando se volvió bruscamente al oír dos voces que pronunciaban su nombre.

El conde de Meillant y M. Godet dejaban sus puestos y se acercaban á ella precipitadamente.

Su rostro se cubrió de púrpura, y recogiendo la sombrilla y el velo murmuró:

—¿Estabais ahí?

—¿Qué ibais á hacer?—preguntó M. Godet, cogiéndola de una mano y atrayéndola hacia él.

Y mirándola fijamente con aire de reproche, añadió:

—No creo que tengas el propósito de hacer lo que ha hecho el miserable que te ha engañado...

—Pues bien; sí—dijo bruscamente, bajando la cabeza,

—¡Eso es una locura!

—¡Bien sabéis por qué no quiero vivir! Si yo misma me desprecio, ¿qué deben pensar los demás?

El anciano la estrechó contra su pecho:

—¡Loca!—le dijo.—Los demás piensan que ha sido muy injusto ocultarte la verdad y no protegerte contra tu propia debilidad; no rodearte como con una muralla con el cariño que te tenían y que tú ignorabas. ¡Cuánto te aman ahora, niña desventurada! ¿Lo dudarás?... ¿Y quién iba á acusarte?... No temas tal cosa. ¡Te se ayudará á olvidar Tu mayor falta, enténdelo bien, la única, sería herir el corazón de esa madre que tanto ha sufrido por ti... Dinos que no lo harás otra vez, que renuncias á tus negras ideas, á tus insensatos pensamientos, á tus inútiles regresos al pasado, que sólo servirían para entristecerte y entristecer á los demás. ¿Qué puedes temer? El hombre que te ha perdido no está en el mundo para recordarte tu falta.

—La conocen otros...

—Ya sabes—dijo M. Godet con paternal sonrisa—cuan indulgentes son los viejos como yo. Tu secreto está aquí—añadió golpeándose el pecho—y también en el corazón de tu madre. Yo te amo como un padre; Meillant tendrá para tí el cariño de un hermano... pregúntale si es verdad.

El conde se acercó.

—Hace dos días—dijo—que te vigilo...

—¿Entónces sabéis...—preguntó Blanca avergonzada.



Pedro de Meillant la separó de Godet, cogió del brazo á la joven y le dijo:

—Yo sé que soy dichoso, que quiero que todos lo sean en Maillepré; sé que tienes el cuerpo y el alma enfermos y me acuerdo de que soy médico y que me corresponde, con el auxilio de todos los que te quieren aquí, la misión de curar primero el alma y en seguida el cuerpo; y sé, en fin, que lo conseguiré fácilmente si te prestas á ello; y pregunto, ¿por qué nó lo has de hacer?

Al decir esto se detuvo bajo la sombra de un sauce, á la orilla del agua, sacó su cartera y de ella un sobre en el cual habia escrito:

*Para Blanca.*

La joven lo abrió y se puso encendida al ver el duplicado del escrito del pabellón rústico.

—¿Qué es eso, qué es eso?—preguntó M. Godet, que estaba cerca de la joven.

Y al preguntarlo se apoderó del sobre y de su contenido, lo leyó de una sola mirada y rasgándolo en pequeños pedazos, los arrojó á las aguas del Cher.

—Eso—dijo Meillant—es un presente de vuestro excelente amigo Dubronier.

—Un hermoso corazón—añadió dirigiéndose á Blanca—al cual la experiencia de la vida ha dado esa serena virtud que se llama indulgencia.

La joven subió por la ribera sobre la cual se levanta Maillepré, entre sus dos amigos, escuchándolos con alborozo, dichosa con sus

atenciones y fortaleciendo su resolución de conservar la vida.

Apenas llegados al palacio, subió la escalera, siempre escoltada por sus dos guardianes; y en la alcoba de Margarita Souvray, en donde estaba la duquesa velando á la cabecera de la enferma, pusieron á Blanca en brazos de su madre, que la estrechó frenéticamente, mientras que Godet cogía una de las manos de Margarita, poniéndola en la de Blanca y diciendo:

—Pedro será tu hermano y tendrás además una hermana. ¡Toda una familia! ¿Qué te faltará entonces? Júranos—continuó diciendo—no volver nunca á comenzar, ó serás horriblemente ingrata.

—¡Nunca lo volveré á hacer!—murmuró Blanca, ocultando sus lágrimas en el regazo de su madre.

\* \* \*

Tres semanas después, el 12 de noviembre, en una mañana despejada y fría, llegaba una boda sin el menor aparato á la pequeña iglesia de Maillepré, y se acercaba al altar, donde esperaba al sacerdote. Poco después caía la bendición sobre el conde Pedro de Meillant y su esposa Margarita Souvray.

No era aquel un enlace brillante y fastuoso, sino un matrimonio de amor.

Margarita amaba apasionadamente á su marido. Roland Beroult no se equivocaba al decirle, juzgando al hombre que debía ser